

# **Economía de mercado y ética según Joseph Ratzinger**

Revista Cultura Económica  
Año XXIX • Nº 80  
Agosto 2011: 65-73

**Artículo presentado en el simposio “Iglesia y economía en diálogo”, en 1985 en Roma<sup>1</sup>**

Permítanme dar una cordial bienvenida – también en nombre de los otros dos expositores, el Cardenal Höffner y el Cardenal Etchegaray – a todos los participantes aquí presentes para el simposio de Iglesia y economía. Estoy muy feliz de que la cooperación entre el Consejo Pontificio para los Laicos, la Federación Internacional de Universidades Católicas, el Instituto de Economía Alemana y la Fundación Konrad-Adenauer, hayan hecho posible estas conversaciones a lo largo del mundo en cuestiones de honda preocupación para todos nosotros.

La desigualdad económica entre los hemisferios norte y sur del globo se está convirtiendo cada vez más en una amenaza interna para la cohesión de la familia humana. El peligro de tal amenaza para nuestro futuro podría ser no menos real que el que procede de los arsenales de armas con los cuales el Este y el Oeste se enfrentan entre sí. Deben realizarse nuevos esfuerzos para superar esta tensión, ya que todos los métodos empleados hasta ahora han demostrado ser inadecuados. De hecho, la miseria en el mundo ha aumentado en gran medida durante los últimos treinta años. En función de encontrar soluciones que nos guíen verdaderamente hacia adelante, serán necesarias nuevas ideas económicas. Pero tales medidas no parecen concebibles, o sobre todo, practicables sin nuevos impulsos morales. Es en este punto en que un diálogo entre la Iglesia y la economía se hace posible y, al mismo tiempo, necesario.

Déjenme clarificar de alguna manera el punto exacto en cuestión. A primera vista, precisamente en términos de teoría económica clásica, no es obvio que la Iglesia y la economía deban realmente estar relacionadas entre sí, más allá del hecho de que la Iglesia realiza algunas actividades económicas y de este modo, también es un factor en el mercado. La Iglesia no debería entrar en diálogo como un mero componente en la economía, sino en su propio derecho como Iglesia.

Aquí, sin embargo, debemos enfrentar la objeción planteada especialmente luego del Concilio Vaticano Segundo, de que la autonomía de los ámbitos especializados debe ser respetada por sobre todas las cosas. Tal objeción sostiene que la economía debe jugar según sus propias reglas y no según consideraciones morales impuestas sobre ella desde afuera. Siguiendo la tradición inaugurada por Adam Smith, esta posición sostiene que el mercado es incompatible con la ética porque las acciones “morales” voluntarias contradicen las reglas del mercado y dejan fuera de juego a los empresarios moralistas<sup>2</sup>. Por un largo tiempo, entonces, la ética de los negocios sonó como metal hueco porque la economía estaba diseñada para trabajar sobre la eficiencia y no sobre la moralidad<sup>3</sup>. La lógica interna del mercado debería liberarnos precisamente de la necesidad de tener que depender de la moralidad de

sus participantes. El verdadero juego de las leyes de mercado es lo que garantiza mejor el progreso e incluso la justicia distributiva.

El gran éxito de esta teoría ocultó sus limitaciones por largo tiempo. Pero ahora en una situación distinta, sus presupuestos filosóficos tácitos y por lo tanto, sus problemas, se hacen más claros. Aunque esta posición admite la libertad de los empresarios individuales, y en ese sentido puede ser llamada liberal, en realidad es determinista en su núcleo. Presupone que el libre juego de las fuerzas del mercado puede operar sólo en una dirección, dada la constitución del hombre y el mundo, a saber, hacia la auto-regulación de la oferta y la demanda, y hacia la eficiencia económica y el progreso.

Este determinismo, en el cual el hombre está completamente controlado por las leyes vinculantes del mercado mientras cree que actúa con libertad respecto de ellas, incluye otra presuposición, quizá aún más asombrosa, a saber, que las leyes naturales del mercado son en esencia buenas (si se me permite decirlo así) y necesariamente trabajan para el bien, cualquiera sea el caso de la moral de los individuos. Estas dos presuposiciones no son totalmente falsas, como ilustra el éxito de la economía de mercado. Pero ninguna es universalmente aplicable ni correcta, como es evidente en los problemas de la economía mundial actual. Sin desarrollar el problema en detalle aquí –que no es mi tarea– permítanme simplemente subrayar una frase de Peter Koslowski que ilustra el punto en cuestión: “La economía está gobernada no sólo por leyes económicas, sino también está determinada por los hombres...”<sup>4</sup>. Incluso si la economía de mercado se basa en la ordenación del individuo dentro de una determinada red de normas, no puede hacer al hombre superfluo o excluir su libertad moral del mundo de la economía. Se está volviendo muy claro que el desarrollo de la economía mundial también tiene que ver con el desarrollo de la comunidad mundial y con la familia universal del hombre, y que el desarrollo de los poderes espirituales de la humanidad es esencial en el desarrollo de la comunidad mundial. Estos poderes espirituales son en sí mismos un factor en la economía: las reglas de mercado funcionan sólo cuando existe un consenso moral y los sustenta.

Si hasta ahora he intentado señalar la tensión entre un modelo puramente liberal de la economía y sus consideraciones éticas, y así circunscribir una primera serie de cuestiones, ahora debo señalar la tensión opuesta. La pregunta acerca del mercado y la ética hace tiempo que dejó de ser simplemente un problema teórico. Desde el momento en que la desigualdad inherente a diversas zonas económicas individuales pone en peligro el libre juego del mercado, se han hecho intentos por reestablecer el equilibrio a partir de la década de 1950, a través de proyectos de desarrollo. No se puede seguir obviando el hecho de que estos intentos han fallado e incluso han intensificado la desigualdad existente. El resultado es que amplios sectores del Tercer Mundo, que en un principio aspiraron a la ayuda para el desarrollo con grandes esperanzas, ahora identifican la base de su pobreza con la economía de mercado, que ven como un sistema de explotaciones, como pecado institucionalizado e injusticia.

Para ellos, la economía centralizada parece ser la alternativa moral, hacia la cual uno se dirige directamente con fervor religioso, y que virtualmente se convierte en el contenido de la religión; porque mientras la economía de mercado descansa en el efecto benéfico del egoísmo y su limitación automática a través de los egoísmos en competencia, el pensamiento del control justo parece predominar en una economía centralizada, donde el objetivo es la igualdad de derechos para todos y la distribución proporcionada de los bienes. Los ejemplos aducidos hasta ahora ciertamente no son alentadores, pero la esperanza de que uno pudiera, sin embargo, traer este proyecto moral a la realización tampoco ha sido refutada. Parece que si todo pudiera realizarse sobre una base moral más sólida, debería ser posible conciliar la moral y la eficiencia en una sociedad no orientada hacia el máximo beneficio, sino más bien a la moderación y el servicio común. Así, en esta área, la disputa entre economía y

ética se está volviendo incluso más un ataque contra la economía de mercado y sus fundamentos espirituales, en favor de una economía de control centralizado, que se cree ahora recibe su fundamento moral.

Todo el alcance de este asunto se hace más patente cuando incluimos el tercer elemento de las consideraciones económicas y teóricas características de la situación actual: el mundo marxista. En términos de la estructura de su teoría y práctica económica, el sistema marxista, como una economía administrada centralmente, es una antítesis radical de la economía de mercado<sup>5</sup>. Se espera la salvación porque no hay ningún control privado de los medios de producción, porque la oferta y la demanda no se armonizan a través de la competencia de mercado, porque no hay lugar para la búsqueda de la ganancia privada, y porque todas las regulaciones proceden de una administración económica central. Sin embargo, a pesar de esta oposición radical en los mecanismos económicos concretos, también hay puntos en común en los presupuestos filosóficos más profundos. El primero de estos consiste en el hecho de que el marxismo también es determinista por naturaleza y también promete una perfecta liberación como fruto de este determinismo. Por esta razón, es un error fundamental suponer que un sistema económico centralizado es un sistema moral, en contraste con el sistema mecanicista de la economía de mercado. Esto se hace claramente visible, por ejemplo, en la aceptación de Lenin de la tesis de Sombart que dice que en el marxismo no hay principios de ética, sino sólo leyes económicas<sup>6</sup>. Ciertamente, el determinismo es aquí mucho más radical y fundamental que en el liberalismo, ya que al menos este último reconoce el ámbito de lo subjetivo y lo considera el lugar de la ética. El primero, por otro lado, reduce totalmente el devenir y la historia a la economía, y la delimitación del propio ámbito subjetivo aparece como una resistencia a las leyes de la historia, que son válidas por sí mismas, y como una reacción contra el progreso, que no puede ser tolerada. La ética se reduce a la filosofía de la historia, y la filosofía de la historia degenera en estrategia del partido.

Pero regresemos una vez más a los puntos comunes de los fundamentos filosóficos del marxismo y el capitalismo tomados estrictamente. El segundo punto en común –como ya habrá quedado claro – consiste en el hecho de que el determinismo incluye la renuncia a la ética como una entidad independiente, relevante para la economía. Esto se muestra en forma especialmente dramática en el marxismo. La religión se retrotrae a la economía como el reflejo de un sistema económico particular y así, al mismo tiempo, como un obstáculo para el conocimiento correcto, para la acción correcta –un obstáculo para el progreso, al cual apuntan las leyes naturales de la historia. También se presupone que la historia, que toma su curso de la dialéctica entre lo negativo y lo positivo, debe, desde su esencia interior y sin que se den mayores razones, terminar finalmente en total positividad. El hecho de que la Iglesia no pueda aportar nada positivo a la economía mundial está claro desde esta perspectiva; su única significación para la economía es que debe ser superada. Que pueda ser usada temporalmente como un medio para su propia auto-destrucción y así como un instrumento para “las fuerzas positivas de la historia”, es una perspectiva que solo recientemente ha surgido. Obviamente, no cambia nada en la tesis fundamental.

Por lo demás, todo el sistema vive, en efecto, de la apoteosis de la administración central, en la cual tendría que estar actuando el espíritu del mundo mismo, si esta tesis fuese correcta. Que esto es un mito en el peor sentido de la palabra, es simplemente una afirmación empírica que se está verificando continuamente. Y así precisamente, la renuncia radical a un diálogo concreto entre la Iglesia y la economía, que está presupuesto por este pensamiento, se convierte en una confirmación de su necesidad.

En un intento por describir la constelación de un diálogo entre la Iglesia y la economía, he descubierto un cuarto aspecto. Puede verse en la conocida observación hecha por Theodore Roosevelt in 1912: “Creo que la asimilación de los países

latinoamericanos a los Estados Unidos será larga y dificultosa mientras estos países sigan siendo católicos”. De modo análogo, en una conferencia en Roma en 1969, Rockefeller recomendó reemplazar a los católicos de allí por otros cristianos<sup>7</sup> –un emprendimiento que, como bien se sabe, está en plena marcha. En ambas afirmaciones, la religión – aquí una denominación cristiana – se presupone como un factor socio-político, y por lo tanto, político-económico, que es fundamental para el desarrollo de estructuras políticas y posibilidades económicas. Esto recuerda una de las tesis de Max Weber acerca de la intrínseca conexión entre el capitalismo y el calvinismo, entre la formación del orden económico y la idea religiosa determinante. La noción de Marx parece estar casi invertida: no es la economía la que produce nociones religiosas, sino la orientación religiosa fundamental la que decide qué sistema económico puede desarrollarse. La noción de que sólo el protestantismo puede producir una economía libre –mientras el catolicismo incluye una educación que no se corresponde con la libertad y con la auto-disciplina necesaria para ello, favoreciendo en su lugar sistemas autoritarios – es indudablemente, incluso hoy todavía muy generalizada, y mucho de la historia reciente parece hablar a su favor. Por otro lado, ya no podemos considerar tan ingenuamente al sistema liberal-capitalista (incluso con todas las correcciones que ha recibido) como la salvación del mundo. Ya no estamos en la era Kennedy, con sus optimistas Cuerpos de Paz; las interpelaciones del tercer mundo acerca del sistema quizá sean parciales, pero no son infundadas. Una autocrítica de las confesiones cristianas con respecto a la ética política y económica es el primer requerimiento.

Pero esto no puede proceder puramente como un diálogo dentro de la Iglesia. Será fructífero sólo si es conducido con aquellos cristianos que manejan la economía. Una larga tradición los ha llevado a considerar su Cristianismo como un asunto privado, mientras que como miembros de la comunidad de negocios se rigen por las leyes de la economía.

Estos ámbitos han venido a aparecer como mutuamente exclusivos en el contexto moderno de la separación de los ámbitos subjetivo y objetivo. Pero el punto es precisamente que deberían encontrarse, preservando su propia integridad pero, al mismo tiempo, permaneciendo inseparables. Se está convirtiendo en un hecho cada vez más evidente de la historia económica, que el desarrollo de los sistemas económicos que se concentran en el bien común depende de un sistema ético determinado, el cual a su vez puede nacer y sostenerse sólo por fuertes convicciones religiosas<sup>8</sup>. A la inversa, también se ha vuelto obvio que la declinación de tal disciplina puede verdaderamente causar el colapso de las leyes del mercado. Una política económica que está ordenada no sólo para el bien del grupo – de hecho, no sólo para el bien común de un determinado estado – sino para el bien común de la familia humana, demanda un máximo de disciplina ética y así, un máximo de fuerza religiosa. La formación política de una voluntad que emplea las leyes económicas inherentes hacia su meta se muestra, a pesar de las todas las protestas humanitarias, casi imposible hoy en día. Sólo se puede llevar a cabo si poderes éticos nuevos son liberados por completo. Una moralidad que se cree capaz de prescindir del conocimiento técnico de las leyes económicas, no es moralidad sino moralismo. Como tal es la antítesis de la moralidad. Un acercamiento científico que se cree capaz de conducirse sin un *ethos*, malentendiendo la realidad del hombre. Por ende, no es científico. Hoy necesitamos un máximo de entendimiento económico especializado, pero también un máximo de *ethos* tal que el entendimiento económico especializado pueda ponerse al servicio de los fines correctos. Sólo de esta forma su conocimiento será, al mismo tiempo, políticamente practicable y socialmente tolerable.

Traducción: Agostina Prigioni